

Juan Valera y las letras americanas

Marta Cristina Carbonell

La unidad de civilización y de lengua, y en gran parte de raza también, persiste en España y en esas repúblicas de América, a pesar de su emancipación e independencia de la metrópoli. Cuanto se escribe en español en ambos mundos es literatura española, y, a mi ver, al tratar yo de ella, propendo a mantener y estrechar el lazo de cierta superior y amplia nacionalidad que nos une a todos¹.

Con este declarado propósito, que no perdería ocasión de reiterar en los años siguientes, había dado comienzo Juan Valera en febrero de 1888 y desde las páginas de *El Imparcial*, a la serie de colaboraciones que acabarían dando lugar, poco después, a los volúmenes recopilatorios de *Cartas Americanas* (Madrid, Fuentes y Capdevila, 1889) y *Nuevas Cartas Americanas* (Madrid, Fernando Fe, 1890). Páginas en las que dicha voluntad no se agota, sin embargo: en 1901, el volumen que titulará *Ecos Argentinos: apuntes para la historia literaria de España en los últimos años del siglo XIX* (Madrid, Fernando Fe) acogerá las cartas que, dirigidas a los periódicos bonaerenses *El Correo de España* (de agosto de 1896 a octubre de 1897) y *La Nación* (de abril de 1899 a noviembre de 1900), no querrán descuidar aquel siempre activo deseo de velar por «la unidad de civilización que la falta de unidad política no ha destruido», y que, de este modo, van a entreverar ahora el compromiso explícito de proporcionar a los lectores de ultramar una panorámica mensual acerca de la actualidad literaria y artística de la Península, con aquel viejo y firme empeño, nuevamente esgrimido:

Como yo considero literatura española todo cuanto se escribe en nuestra lengua, aunque el autor no sea súbdito de esta monarquía, sino ciudadano de cualquiera de las repúblicas que fueron nuestras colonias, seguiré dando noticia de los libros hispano-americanos que lleguen a mi poder, y juzgándolos con imparcialidad cuando no con el reposo y con el tino convenientes².

¹ J. Valera, *Nuevas Cartas americanas*, Madrid, Fernando Fe, 1890; p. V.

² J. Valera, *Carta a El Correo de España fechada el 22-III-1897*; en *Ecos Argentinos*, Madrid, Fernando Fe, 1901; p. 130.

Son éstas, en efecto, las claves desde las que Valera insistió siempre en defender su personal contribución a la necesaria tarea de ensanchar los cauces de la comunicación intelectual entre España y las jóvenes repúblicas de la América española; tarea de divulgación y crítica saludada a este lado del Atlántico con abierta satisfacción, y que pronto hubo de valerle el reconocimiento de ser tenido por «el primero y más entusiasta americanista de España»³ pero que, al mismo tiempo, no escaparía a la censura –ya severa, ya maliciosa– de quienes, conocedores del fino talante de humorista del escritor cordobés, no pudieron menos que notar el sobrevuelo de su tan decantada ironía escéptica en la generosa benevolencia de juicio con que dicho empeño iba cobrando forma, ya desde la primera serie de *Cartas Americanas*.

Son unas *Cartas* que el epistolario de Juan Valera revela nacidas en circunstancias de auténtico apremio económico, y cuya andadura inicial, a lo largo del año 1888, va a responder así, en buena medida, al dictado apresurado de la necesidad: confesando escribirlas «de prisa y sin consultar libros»⁴, Valera admitirá sin reservas la bondad de las puntualizaciones y advertencias que un siempre atento Marcelino Menéndez Pelayo –preparando por entonces sus introducciones a la *Antología de poetas hispanoamericanos*– se apresta a comunicarle amistosamente, y fiará a una posterior edición en forma de libro la oportunidad de subsanar aquellos errores de documentación que pudieran, en su redacción apresurada, contener. Tanto más cuanto que no tardará en recibir el estímulo que supondrá la noticia del éxito y la proyección que van adquiriendo en los países de aquella América que nunca quiso llamar Latina, donde su reproducción en los periódicos propiciará amplio diálogo, periodístico y epistolar, con su autor⁵: un

³ Así lo calificaba Antonio Rubió y Lluch, a quien el propio Rubén saludaba como «el Menéndez Pelayo de Cataluña» desde las páginas de *España Contemporánea*, al dar comienzo a los «Comentarios a las Cartas Americanas de D. Juan Valera» que publicaría en enero de 1890 en el diario bogotano *El Correo de las Aldeas*, recogidos posteriormente en sus *Estudios Hispano-Americanos* (1889-1922), Bilbao, *Eléxpuru Hermanos*, 1923, por donde citamos; véase p. 60.

⁴ Carta a M. Menéndez Pelayo de 5 de septiembre de 1888. Cf. M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, IX (ed. M. Revuelta Sañudo), Madrid, F.U.E., 1985; p. 288. En el mes de julio del mismo año, le indicaba a su mujer, Dolores Delavat: «Veremos... si escribo más cartas para *El Imparcial*. De las 16 que he escrito sólo 2 están por pagar; que serían 120 pesetas. Menester es escribir más». Y pocos días después, al empezar el mes de agosto: «Voy a ver si escribo pronto otra [Carta Americana] para tener siquiera 24 duros más». Cf. J. Valera, *Cartas a su mujer* (ed. C. De Coster y M. Galera), Córdoba, Diputación Provincial, 1989; pp. 186 y 196.

⁵ «Aunque están en suspenso las *Cartas Americanas*, no desisto de seguir escribiéndolas, tanto más cuanto que hacen efecto en América, y los periódicos de por Allá las copian y aun

diálogo del que Valera se enorgullece, y del que las propias *Cartas*, en entregas sucesivas que buscan asegurarse así una promesa de continuidad, se harán eco, adquiriendo puntualmente el sesgo del debate y la polémica en términos, que desborda en mucho nuestra intención el reseguir aquí, pero cuyo punto de arranque, es de notar, debe buscarse en aquella consabida intención, así expresada en las páginas de sus *Nuevas Cartas Americanas*:

Dicen que yo soy muy escéptico, pero creo en multitud de cosas en que los que pasan por creyentes no creen, y entre otras creo (por manera vaga y confusa, es verdad) en los espíritus colectivos. Mi fantasía transforma en realidad sustantiva lo que se llama el genio de un pueblo o de una raza (...) Disuelto ya el Imperio, no hay más recurso que resignarse; pero no debe disolverse, ni se disuelve, la iglesia, la comunidad, la cofradía, o como quiera llamarse, que venera y da culto al genio único que la guía y que la inspira. Todos debemos ser fieles y devotos a este genio. Yo, además, me he atrevido a constituirme, al escribir las *Cartas americanas*, en uno de sus predicadores y misioneros. ¡Ojalá se me perdone el atrevimiento en gracia del fervor que le da vida en mi alma!⁶

Sobre la base de este sentimiento, que teje una inconfundible línea de continuidad bajo los sucesivos asedios que, al correr de los años, fue dedicando a las letras hispanoamericanas, y del que aquí queremos, brevemente, ocuparnos, la mirada crítica que Juan Valera proyecta sobre el mosaico de obras, autores y literaturas nacionales que encuentran eco a lo largo de las dos series de *Cartas Americanas* y, en cierta peculiar medida, en *Ecos Argentinos*, se complace en contemplar a Hispanoamérica como la gran reserva cultural y espiritual española, depósito de lo que denomina «nuestra inmortalidad colectiva», y se afana, en consecuencia, por subrayar la pervivencia, en las letras y los literatos de Ultramar, de las señas de identidad españolas. Desde la conciencia, una y otra vez subrayada, de vínculo indisoluble de la lengua fraternalmente compartida, la hispanofilia que recorre las *Cartas* corre parejas con la abierta prevención que Valera muestra, por de pronto, hacia las manifestaciones de lo que repetidamente denomina «americanismo», así como hacia la esterilidad de todo cosmopolitismo que, con la mirada teñida por el seductor influjo francés, olvide que la

contestan a ellas con largos artículos» (Valera a Menéndez Pelayo, 27 de julio de 1888. Cf. M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, IX, cit., p. 268).

⁶ J. Valera, *Nuevas Cartas Americanas*, cit., pp. 92-93.

verdadera originalidad nacional debe brotar de la siempre fecunda raíz española.

Así, y en estos mismos términos, alabará los versos de Rafael Obligado en la sección dedicada, en la primera serie de *Cartas*, a la *Poesía Argentina*, donde subrayará asimismo la presencia del «genio castizo o español» allí donde, a su juicio, menos se aprecia el influjo francés: en la poesía lírica y narrativa; se ocupará con detenimiento de la voluminosa compilación de Julio Añez, *Parnaso Colombiano* (1886), en cartas dirigidas a su prologuista, José Rivas Groot, lamentando el profundo desconocimiento, en España, de la calidad del movimiento intelectual en Colombia: ignorancia difícilmente disculpable por cuanto

La literatura de su país de usted es parte de la literatura española, y seguirá siéndolo, mientras Colombia sea lo que es y no otra cosa. No quita esto que se dé diferencia dentro del género; que en la unidad quepa la variedad con holgura; que sobre la condición general de españolismo se note en toda obra del ingenio de Colombia un sello especial y característico, y menos impide que, con el andar del tiempo, pueda llegar lo que Colombia intelectualmente produzca a igualar y aun a superar en mérito y en abundancia la producción literaria de esta Península⁷.

Y ponderará, del mismo modo, el interés de la obra póstuma de Miguel Luis Amunátegui, *Las primeras representaciones dramáticas en Chile* (1888), a la que dedica largas páginas desde la satisfacción de leer, de pluma de su autor, que «Chile es un fragmento de España transportado al Pacífico por ese aluvión llamado Conquista de América»⁸.

Una Conquista cuyo valor civilizador reaparece y se ensalza con insistencia en aquellas *Cartas* que, compiladas en la «segunda serie» —algo más heterogénea que la primera, y donde mejor se advierte, asimismo, aquel desorden temático que tanto estorbaba a Menéndez Pelayo⁹—, le permiten abordar la cuestión del indigenismo y la herencia cultural española en fechas que van ya aproximándose a las con-

⁷ J. Valera, *Cartas Americanas*, Madrid, Fuentes y Capdevila, 1889; p. 138.

⁸ J. Valera, *Cartas Americanas*, cit., p. 239. «La historia literaria de Chile —apostilla Valera— forma parte, pues, de nuestra historia literaria».

⁹ Ya en agosto de 1888 le reprochaba a Valera que, a pesar de la elegancia y discreción que caracterizaban sus cartas, «no apruebo la manera desordenada con que se presentan... yo creo (y perdone Vd. Esta impertinencia) que todos los lectores de las amenísimas cartas de Vd. agradecerían mucho que Vd. acabase cada tanda o serie de cartas sobre un mismo asunto antes de emprender con otro. De este modo las cartas pueden fácilmente formar un libro, y del otro se exponen a perderse y quedar como inéditas». Cf. M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, IX, cit., p. 283.

memoraciones de 1892: así, las dedicadas al *Vocabulario rioplatense razonado*, de Daniel Granada o, desde luego, las que dirige al erudito escritor ecuatoriano Juan León Mera bajo el epígrafe *La poesía y la novela en Ecuador*, deteniéndose en su novela *Cumandá* y en su estudio *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*.

Pero son sin duda las dos cartas que, fechadas en octubre de 1888 —y recogidas, por lo tanto en la «primera serie»— dedica al joven Rubén Darío desde esta misma perspectiva de análisis, las que más han contribuido al reconocimiento que esta sostenida labor de divulgación y crítica que Valera emprende, aquel mismo año, en *El Imparcial*, ha de merecer: estimulado por el sugerente título de *Azul...*, Valera confesará adentrarse en la lectura de éste que juzga sorprendente «folleto», preguntándose:

¿Cómo, sin el influjo del medio ambiente, ha podido usted asimilarse todos los elementos del espíritu francés, si bien conservando española la forma que a una y organiza estos elementos, convirtiéndolos en sustancia propia? Yo no creo que se ha dado jamás caso parecido con ningún español peninsular. Todos tenemos un fondo de españolismo que nadie nos arranca ni a veinticinco tirones (...) La cultura de Francia, buena y mala, no pasa nunca de la superficie. No es más que un barniz transparente, detrás del cual se descubre la condición española. (...) Estando así disculpado el galicismo de la mente, es fuerza dar a usted alabanzas a manos llenas por lo perfecto y profundo de ese galicismo, porque el lenguaje persiste español, legítimo y de buena ley, y porque si no tiene usted carácter nacional, posee carácter individual¹⁰.

Es esta «poderosa individualidad de escritor, en cuyo crisol se funde con naturalidad la mejor vena francesa con la esencia genuinamente española, el eje sobre el que Valera articula en estas páginas una lectura crítica que va a constituir la más temprana y meritoria carta de presentación de un por entonces desconocido Rubén Darío, y cuyas claves se mantienen intactas cuando, cuatro años después, le indica a su siempre atento corresponsal y amigo Menéndez Pelayo:

Veo en él lo primero que América da a nuestras letras, donde además de lo que nosotros dimos, hay no poco de allá. No es como Bello, Heredia, Olmedo, etc., en quienes todo es nuestro y aun lo imitado de Francia ha pasado por aquí, sino que tiene bastante del indio sin buscarlo, sin afectarlo, y además no

¹⁰ J. Valera, *Cartas Americanas*, cit., pp. 215-216.

lo diré imitado, sino asimilado e incorporado de todo lo reciente de Francia y de otras naciones; está mejor entendido que aquí se entiende, más hondamente sentido, más diestramente reflejado y mejor y más radicalmente fundido con el ser propio y castizo de este singular semi-español, semi-indio¹¹.

Estaban todavía por venir, a la altura de 1892, las reservas y los reproches con que se distanciará de sus antiguos juicios con la lectura de *Los raros y Prosas profanas*¹², bandera de un afrancesamiento que para, a su juicio, en *galomanía* olvidadiza de unas raíces, las de lo hispánico, cuya búsqueda y exaltación habían siempre movido su pluma y su mirada crítica en su recorrido, las más veces benévolo, raramente severo, por las letras de Hispanoamérica.

Será también este deseo patente de enfatizar los valores de la cultura española, al que sirve el recordatorio insistente de la unidad de civilización y lengua entre la metrópoli y las antiguas colonias, el que propicie en último término los dos grandes argumentos que van a sostener la lectura de que serán objeto, en la crítica peninsular, las *Cartas Americanas*, cuando en la primavera de 1889 vea la luz el volumen de su primera serie: el humorismo y la ironía que sus páginas respiran, y el escaso rigor e imparcialidad que presiden una obra que, de un modo u otro, no dejará de ser leída como lo que Rubió y Lluch calificaba de «eficaz propaganda americanista» gracias, precisamente, a la confluencia de ambos rasgos en el crisol del «estilo personalísimo» de su autor:

Hay en Valera cierta ligereza y hasta una benevolencia excesiva en sus juicios que le hacen sumamente simpático, pero no juez imparcial y severo, de esos que se sientan perdurablemente en el tribunal de la historia (...) Hoy por hoy, es Valera el escritor más ameno, más sutil y más fácil de cuantos produce este fecundo suelo y el estilista por excelencia de las letras castellanas. He aquí el secreto de la popularidad de sus cartas americanas, y la eficacia de su propaganda americanista¹³.

Dará buena muestra de ello, y con prontitud, la ácida pluma de quien Valera juzgaba «el más discreto, inteligente y ameno de nuestros

¹¹ Valera a Menéndez Pelayo. Carta del 18 de septiembre de 1892. Cf. M. Menéndez Pelayo, Epistolario, XII, (ed. M. Revuelta Sañudo), Madrid, F.U.E.- Sociedad Menéndez Pelayo, 1986; pp. 62-63.

¹² Véase Ecos Argentinos, cit., pp. 71-78 y 182-186.

¹³ A. Rubió y Lluch, «Comentarios a las Cartas Americanas de D. Juan Valera», cit., p. 61.

críticos de hoy», Leopoldo Alas, quien empezaba dando cuenta con satisfacción, el 30 de mayo de 1889 y desde las páginas de *La Publicidad*, de la aparición del volumen, para prolongar sus consideraciones en el «Palique» que dos días después, el 1 de junio, vería la luz en *Madrid Cómico*. Doble asedio que «Clarín» iniciaba, en la «Revista Mínima» del 30 de mayo, deteniéndose, por de pronto, en el carácter de «humorista verdadero» con que Valera parecía haber dado forma a su empeño americanista en la «primera serie» de sus *Cartas*:

En estas *Cartas*, obra de propaganda, de vulgarización, Valera encuentra un expediente ingeniosísimo para no prescindir de su carácter de humorista verdadero —no por clasificación— y ser cuando hace falta sencillito cronista... Consiste el artificio en la habilidosa narración o descripción de lo nimio, de lo ridículo o extravagante con una especie de cándida seriedad, una duda fingida en la que parece que el autor está nada más a la altura de lo expuesto o descrito, siendo así que está cien codos más alto, pero sin despreciar por esto la materia en que se ocupa, antes perdonando, por razones de gran filosofía, la pequeñez que ve bien clara¹⁴.

Importantísimo rasgo, fundamental en la estética de Juan Valera, que Leopoldo Alas había sabido ya advertir en fechas bien tempranas y que, al correr de los años, había de fundamentar en gran medida el sucesivo asedio que realizara, al compás de su propia evolución, a la producción crítica y novelesca del autor de *Pepita Jiménez*: un humorismo que no había tardado en emparentar con el idealismo alemán y que ahora, apelando a su manifestación a modo de permanente contraste entre fondo y forma, entre «maneras» y «doctrinas», elevaba de nuevo al valor de pauta desde la que entender e interpretar unas *Cartas Americanas* que, a su juicio, estaban invitando a «pensar y leer entre líneas» a todo aquel que supiese hacerlo¹⁵.

Un humorismo cuya faceta más amable, eficaz y oportuna atendía Leopoldo Alas a destacar en estas primeras *Cartas Americanas* al abor-

¹⁴ L. Alas, «Clarín», «Revista Mínima», *La Publicidad*, 30-V-1889. «Clarín» observará muy especialmente este carácter de «humorista verdadero» en las cartas de esta «primera serie» dedicadas a reseñar El perfeccionismo absoluto de Jesús Ceballos Dosamantes, cartas que, de hecho, acabaron por suscitar la duda de ser el mencionado autor una pura invención de Valera, sostenida con la finalidad de ejercitarse libremente en el arte de la burla.

¹⁵ Para una consideración más detenida de la recepción de la primera serie de *Cartas Americanas*, sobre el vector del humorismo de Juan Valera, véase nuestro estudio «La polémica en torno a las *Cartas Americanas* (1889), de Juan Valera», *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Barcelona, PPU, 1994; Tomo II (vol. 1); pp. 157-173.*

darlas en su «Revista Mínima» de *La Publicidad*, para referirse a continuación, en su «Palique» del 1 de junio, y con una ironía que no oculta el reproche, a lo que juzgaba su reverso desafortunado: el distinto talante con que dicho humorismo se materializaba en las cartas dedicadas a la *Poesía argentina* o al *Parnaso Colombiano*, redundando —«grave inconveniente»— en un inoportuno relativismo crítico:

Por el gusto de moler, Valera muchas veces se finge loco, como Hamlet, y sale diciendo que Narciso Campillo es un poeta como un jilguero, y Velarde tan rui señor como un Petrarca. Y es que Valera es de esos críticos modernos, aunque no de los que lo confiesan, que opinan en punto a crítica que de gustos no hay nada escrito, aunque haya gustos que merecen palos; y así como Hamlet se burlaba de sus cortesanos haciéndoles creer que en las nubes veían la forma que a él se le antojaba que vieran, así Valera se ríe para sus adentros del cándido lector que, creyéndole bajo su palabra, va reconociendo notabilidades artísticas en éste o en el otro autor ramplón o poeta chirle¹⁶.

Había de ser éste, sin duda, el aspecto más controvertido de las *Cartas Americanas*, frente al que no tardarían en levantarse voces de protesta ante la generosa benevolencia de Valera para con los poetas hispanoamericanos y la audacia de algunos de sus juicios, amenazando convertir lo que debiera ser provechoso discernimiento crítico en gratuita contribución a la causa de la mediocridad poética. Y si a los ojos de Leopoldo Alas —siempre fiel a la idea de la crítica como juicio de valor, como juicio de arte alejado tanto del puro impresionismo como de un estéril cientifismo— éstas que considera deliberadas «diabluras de ingenio» de Valera no constituyen sino el extremo malogrado de un humorismo que acaba por prestar flaco favor a la meritoria iniciativa de informar razonadamente de las letras americanas:

Si la unión con América ha de consistir, como suele consistir la amistad entre literatos, en el pacto tácito de estar alabándose mutuamente los de acá y los de allá, yo denuncio el tratado. Bastante tenemos con los becquerianos, y campoamorinos, y *nuñezdearcianos* de la tierra, de la madre patria, sin que tengamos que reconocer derechos de nación más favorecida a las bobadas que se le ocurran a cualquier sinsonte bajo el sol de los trópicos (...) Por eso le digo a don Juan, es claro que con el mayor respeto, que hace mal en dar alas a esos cóndores de por allá, porque esas vulgaridades altisonantes que a ellos se les ocurren teníamos ya nosotros quien nos las dijera, sin necesidad de que

¹⁶ L. Alas, «Clarín», «Palique», Madrid Cómico, 1-VI-1889.

nadie se molestara en ir a descubrirles a ellos, lo cual siempre es ocasión de sustos y disgustos. Por lo demás, es claro que me alegro de que Colón haya tenido aquel arranque, y de que la amistad entre españoles y americanos prospere. Pero ¿no podría prosperar en prosa?¹⁷

no menos cabe advertir del juicio que habrían de merecerle, sin ir más lejos, a Ramón Domingo Perés, quien, unos meses después, y desde las páginas de *La Vanguardia*, dedicaría a las *Cartas Americanas* una larga y ponderada reseña donde, tras poner de manifiesto el afán «diplomático» que alimenta buena parte de los juicios allí contenidos, advertirá el peso del «*dilettantismo* aristócrata» de Valera en el guiño irónico con que los ofrece, con elegancia burlona, y no verá, en las cartas dedicadas a asuntos literarios, sino la manifestación extrema y desafortunada de su refinado escepticismo, conjurado con el móvil de «un gran patriotismo» que estorba la deseable imparcialidad crítica:

Obra de más diplomacia literaria que ésta no creo que la tengamos en España. Se necesita ser americano con alma y vida, tener el móvil de un gran patriotismo, para formular algunos de los juicios que ha escrito el señor Valera en sus *Cartas*, y es imposible que desde lejos, en frío y siendo hombre de tantas humanidades y de tanta cultura europea como es nuestro autor, se diga todo eso que él dice, cuando es solamente la crítica imparcial y severa la que habla (...) Lo menos que puede pedirse a ese literato español que para nosotros escribe es que su elogio, por lo excesivo e inesperado, no parezca desprovisto de sinceridad, porque entonces el efecto es contraproducente¹⁸.

Si en las líneas, arriba citadas, de Leopoldo Alas, asoma su abierto escepticismo ante una América donde «se han descubierto hasta hoy muchas más frases que ideas» y donde «se *canta* más que se piensa y se siente», así como la incomprensión que habrá de seguir mostrando hacia Rubén Darío y, por extensión, su menosprecio por aquellos «colorines y trompetería» modernistas —que no había de empañar, sin embargo, su reconocimiento de «las excelentes dotes de algunos de los notables poetas americanos»¹⁹, así como la justa estimación de aqué-

¹⁷ L. Alas, «Clarín», «Palique», Madrid Cómico, I-VI-1889.

¹⁸ R. D. Perés, «Valera y sus Cartas Americanas», recogido posteriormente en *A dos vientos. Críticas y semblanzas*, Barcelona, L'Avenç, 1892, por donde citamos. Véase p. 133. Al cerrar su reseña, dará cuenta Perés de la aparición del tomo de *Nuevas Cartas Americanas que, adornadas de las mismas cualidades que sus predecesoras, «tienen en contra suya el llover sobre mojado, como suele decirse, esto es, el que nos hayamos acostumbrado ya a sus juegos de ingenio, y, por lo tanto, nos atraigan menos»; cit., p. 147.*

¹⁹ L. Alas, «Clarín», «Palique», Madrid Cómico, I-VI-1889.

llos en quienes advertía valores perdurables, más allá del gorgojo de gorrión a la parisién-; y si la medida de las expresiones de R.D. Perés no ocultan la severidad con que lamenta el malogro parcial de la meritoria empresa crítica y divulgativa de Juan Valera a golpe de burla mal administrada a despecho de su proverbial elegancia, cabe decir que la insistencia de Valera en ponderar los logros de una poesía por lo general mal conocida en la metrópoli, y lo benévolo de algunos de sus juicios, interpretados a la luz de su diplomacia y su confesado énfasis patriótico, no fueron del todo ajenos a cierta predisposición desdeñosa hacia la poesía hispanoamericana finisecular, que las *Cartas Americanas*, en sus dos series, querían ayudar a difundir, y que cumplió plenamente su objetivo en el afortunado caso de Rubén Darío. Sin que ello fuese obstáculo para un justo reconocimiento de los méritos de su labor, indispensable para comprender y valorar el conocimiento de la literatura hispanoamericana en la España que se acercaba al fin de siglo.